



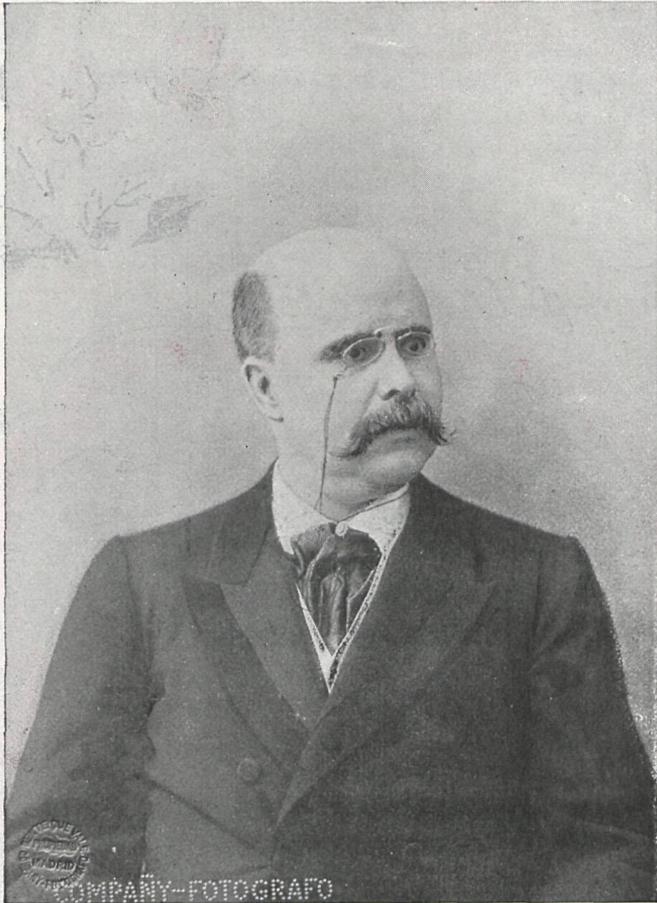
S. M. F. la Reina Amalia de Portugal

Núm. 100

Sábado 1 de Septiembre de 1900

Año III

15 céntimos en España.



D. JOSÉ GUTIÉRREZ ABASCAL

Director del *Heraldo* de Madrid.

Con gran gusto me pide INSTANTÁNEAS, no una biografía del notable periodista que con general aplauso dirige en la actualidad el *Heraldo de Madrid*, sino su semblanza; en esta palabra está el programa de mi trabajo, su alcance, y aun si se quiere, la insignificancia y humildad del trabajador.

Ya es mucho, muchísimo ser una personalidad inconfundible; pero es muchísimo más y desde luego más difícil y raro, ser una personalidad simpática; respetada, por intachable; estimada, por distinguida y culta; considerada, por entera, voluntariosa y firme.

Pardóneseme un juicio retrospectivo; soy joven, no he visto lo que voy á decir y pudiera equivocarme; si es así, que se borre lo dicho. Yo veo á la juventud actual, amargada, quejumbrosa, dolorida ya en los dorados umbrales de la existencia... Y me imagino la juventud de Gutiérrez Abascal y la de los que con él lucharon de otra suerte, con otro arranque, con otros aceros, como se dice en mi tierra. Espíritu enérgico, este de quien escribo, nació en tiempos de ensañadas luchas políticas, pero nació templado para ellas, con el poderío bizarro de los triunfadores. ¿Y por qué diablos no he de decirlo, si hago su semblanza? Su vida ha sido lo que tenía que ser, un triunfo ruidoso, legítimo: el triunfo entero del hombre, del escritor y del carácter.

Dominar la vida, el pavoroso problema del presente, ha sido para este periodista de raza un hecho fácil, una consecuencia de sus facultades poderosas.

Danse en él, sin extremos ni desequilibrios, las cualidades todas del castellano moderno, cortés, caballeresco, bravo sin la destemplanza del matón, con la dignidad por señora de todos los pensamientos; satírico sin saña, jovial sin villana muestra, grave sin altanería, culto, ilustrado y escritor pulido sin fatuidad, ni pedantería nunca.

El número de sus trabajos periodísticos ocuparía mayor espacio del que disponemos; citaré á la ligera los que recuerdo, con algunos detalles de su biografía.

Nació en Madrid y estudió leyes en la Universidad Central.

Dedicado desde muy joven al periodismo, escribió á las órdenes de D. Emilio Castelar en *La Igualdad*, cuando dirigía este periódico y, en fin, ha sido y es en la actualidad corresponsal literario de muchas é importantes revistas extranjeras; como recuerdo, citaremos que á poco de fundarse el *Heraldo* lo dirigió durante más de dos años.

Muy luego formó parte de la redacción de *El Imparcial*, distinguiéndose notablemente y conquistando por entero la consideración y estima del inolvidable fundador de dicho periódico.

Desde su aparición en el mundo de las letras, son innumerables sus trabajos literarios en importantes revistas, como *La Revista de España*, *El campo* y cuantas fundó D. José Luis Alvareda, con el que le unió siempre amistad estrecha.

Sus crónicas del gran mundo, firmadas por *Kasabal*, han hecho célebre este pseudónimo en España y fuera de ella, por lo que nos abstenemos de dedicarle elogios innecesarios.

Formó parte de la redacción de *El Resumen* desde su fundación, contribuyendo poderosamente al éxito alcanzado por este periódico y, en fin, ha sido y es en la actualidad corresponsal literario de muchas é importantes revistas extranjeras; como recuerdo, citaremos que á poco de fundarse el *Heraldo* lo dirigió durante más de dos años.

Ha sido diputado á Cortes tres veces por los distritos de Torrox y Archidona, habiendo intervenido en los debates parlamentarios al discutirse las leyes del Jurado, Sufragio universal y leyes antillanas. Como político figuró siempre al lado del Sr. Castelar, hasta que el ilustre tribuno dejó la política activa; después, al lado del duque de la Torre, contribuyó activamente á la organización y propaganda del partido izquierda liberal.

Últimamente se afilió al partido del Sr. Sagasta.

Este es, á grandes rasgos, el actual director del *Heraldo de Madrid*, á la vez que afectuoso amigo de todos sus compañeros, que le profesan estimación incondicional.

A. LUNA.

Instantáneas.

Director:

M. Salvi.

Revista semanal de Arte y Letras.

Oficinas:

Clavel, 1, Madrid.

RAPIDA DOS BESOS

—¿Dónde vas, hermano?

—Al cielo, ¿y tú?

—¡Quién sabe! Salí de los labios de un hombre, sin rumbo fijo; me estrellé contra las mejillas de una mujer indigna de llevar tal nombre, y como no pude entrar en su corazón, porque hay en la tierra quien no le tiene, me encuentro vagando y despreciado por todos.

—Te compadezco y me ausento, porque mi felicidad acaso aumente tu desdichas.

—¡Oh! no; tu pureza santificará mi espíritu: volemos juntos. Si tú saliste de los labios de una madre, yo quisiera posarme en esos labios; si tú naciste en el corazón de un esposo ó de un hijo, yo también quisiera acariciar esos corazones para rendir así pleito homenaje al cariño sincero y á todo afecto elevado. Te envidio, porque tu felicidad sólo es comparable con la de los justos; te admiro, pues la virtud siempre es digna de admiración, y me avergüenzo de mi cuna impura, como la meretriz que vende los placeres. Estoy arrepentido, hermano mío.

—Dame un abrazo, así, bien apretado; confundamos nuestros alientos, pues á la virtud se llega también por el arrepentimiento, y tú has llegado.

Y los dos besos, unidos por un fraternal abrazo, fueron á descansar en la arrugada frente de una anciana que tenía á un nietezuelo en su regazo.

.....
¡El beso errante se había purificado!

Carlos Rodríguez Díaz.



Cartel ejecutado en los talleres litográficos de D. J. Ortega, de Valencia.

POSITIVAS Y NEGATIVAS

La mejor razón... la piedra.—Mártir del patriotismo.—La enseñanza de un viaje.—Federico Nietzsche.—Un emperador cautivo.

Eusebio Blasco, donosísimo *causseur*, literato de genio y escritor culto, escribió en un pueblecillo, y publicó en un diario madrileño, una crónica humorística en la que, á vuelta de donaires de estilo y de primores de observación, ponía de manifiesto la rusticidad un tanto patriarcal de la aldea y la no extremada cultura de los aldeanos.

Aparecer la crónica en las columnas del periódico y revolverse el pueblo entero contra el autor, fué todo lo mismo.

—¿Rústicos nosotros? ¿Incultos nosotros?—vociferaban los aldeanos, arrojando piedras contra la fachada de la casa habitada por Blasco.—¡Ahora verá lo que somos!...

Y la pedrea arreció hasta que no quedó cristal sano en el edificio.

Y Blasco, sin perder una pizca de su buen humor, salió de la *hospitataria* aldea; al arrancar el tren, guardó cuidadosamente uno de los cantos—y no líricos—con que le habían obsequiado, y escribió en el papel que empleó para envolver la peladilla de arroyo:—«Recuerdo de la exquisita cultura de un pueblo, y de sus delicadas manifestaciones, de las que escapé ileso por milagro.»

* * *

Diariamente llegan desde las apartadas regiones del Sur de Africa noticias del curso de la épica lucha que contra la fuerte y ambiciosa Inglaterra sostiene un puñado de héroes amantes, con verdadero amor, de la independencia de la tierra en que vieron la luz.

Dichosamente, no todos los telegramas proclaman la victoria de la fuerza sobre el derecho. De tiempo en tiempo sábase que los homéricos hijos del Transvaal han humillado, peleando diez contra ciento, á la nación altiva que no acata más derecho que el de la fuerza, ni reconoce otra ley que la de su propia rapacidad. Caerán los boers como caímos nosotros, sin que un solo Estado alce su voz generosa en favor de la justicia y en apoyo de los débiles.

Dejará el Transvaal de ser de los transvalenses, así como Cuba y Filipinas dejaron de ser de España.

Pero del propio modo que Filipinas y Cuba, andando el tiempo, serán libres y se verán libres del yugo norteamericano, el Transvaal, por ley divina y por ley histórica, volverá á ser de los que por él luchan y por él mueren. Entonces, cuando la hora de la justicia histórica suene, fundiendo los cañones que Roberts llevó, y juntando al bronce el oro purísimo que Cecil Rhodes buscara, habrá que erigir un monumento al teniente boer Cordua, que al espirar, inicuamente fusilado por los ingleses, fecundó con su sangre la semilla de la independencia, sintió la inefable dulzura y la alta gloria de morir por la patria, y, agujereado el pecho por

el plomo enemigo, aún tuvo aliento y bríos para escupir al rostro de sus matadores la primera estrofa del viril *Himno de los boers*:

¡Marchemos á luchar! La espada vibre
sin temor á la muerte;
sí es preciso morir para ser libre,
¡venga pronto la muerte!

* * *

Felizmente, y salvo tal cual constipado, angina ó neuralgia de menor cuantía, están terminando nuestros Reyes su expedición marítima. Se quería que el viaje fuera de instrucción, y á fe que, por lo menos, se ha sacado de él una grande enseñanza: La de que el pueblo siente respeto y cariño hacia los soberanos; respeto y cariño que acrecen más y más cuando el que abajo trabaja y sufre en la sombra siente que al trono llegan sus sufrimientos y en el trono encuentran eco simpático sus necesidades y sus dolores.

* * *

La noticia literaria más sensacional de estos días estivales, en que sólo se piensa en el descanso, ha sido una noticia triste: la de la muerte de un ingenio muy discutido.

Vivió como un loco; puso en sus escritos delirios de poseído y lucubraciones de calenturiento; habitó en el manicomio y en la demencia ha sucumbido.

Federico Nietzsche, el famoso pensador, filósofo y literato alemán, mereció la honra de que en sus obras parase mientes la crítica universal.

Era un cerebro fosforescente, no luminoso. Las alucinaciones de la demencia y los extravíos de la fiebre, no pudieron pasar como invenciones originales.

Fueron recibidas con respeto siempre, nunca con aplauso.

Así habló *Zarathustra*, *El crepúsculo de los ídolos*, *Más allá del mal y del bien* y *Genealogía de la moral*, que son lo más importante de la obra de Federico Nietzsche, revelan al hombre de entendimiento grande y de cultura honda, pero revelan también al cerebro desequilibrado y enfermo.

Paz al obrero intelectual que en la batalla del trabajo cae luchando sin vencer, ¡pero sin ser vencido!

* * *

El telégrafo nos cuenta que el emperador del Céleste Imperio, el Hijo del Sol, es hoy prisionero de guerra de los japoneses.

El cautivo no puede decir como Francisco I.—Todo se ha perdido menos el honor... y la vida, que se ha salvado.

El amarillo emperador nada ha perdido. Prisionero fué en palacio y prisionero se encuentra. Su madre le tuvo en más estrecho cautiverio que le tiene el Japón. Ni dió órdenes, ni dictó leyes, ni impuso la propia voluntad.

Al caer en manos de los japoneses es cuando ha comenzado á ser emperador.

¡Así es la suerte! Una mueca de ella es la sonrisa de ese soberano que se alegra cuando ningún nacido es capaz de alegrarse: ¡cuando le apartan de la madre que le dió la vida!



Nueva plaza de Toros.—Arenas de Barcelona.

Inst. de J. M. Pulido Vinals.

LA VENGANZA DEL TÍO TONI

A lo largo del valle circundado de sierras, cuyos picachos se escondían en el cielo, se extendían las verdes plantaciones de olivos, y las vides lozanas con sus pámpanos de color de esmeralda cubrían las laderas del monte. En los charcazos de los arrozales el sol brillante se reflejaba en miríadas de haces luminosos y dorados. Los maizales, medio tostados ya, asomaban entre sus cañas esbeltas las mazorcas casi sazonadas, y las palmeras que una aquí y otra allá se erguían sobre el suelo, balanceábanse á impulsos de aquel viento caliginoso y húmedo que venía de la mar. Bandadas de golondrinas cruzaban cantando aquel cielo hermosísimo bañado de luz. Allí, escondida entre los parrales y las chumberas como un nido de tórtolas, estaba la alquería del tío *Toni*, un viejo huertano apegado á su terruño.

Los tiempos y las desdichas hicieron que la pobre hacienda viniera de mal en peor. Murió *l'agüela*, el mozo mayor *quedó* en la guerra, se secaron las algarrobas y los granados, no pudo pagar al fisco, y tantos reveses dieron en tierra con la hacienda.

Ya no era amo el tío *Toni*, era colono. Lo *suyo* lo compró un señor pudiente, y en fuerza de ruegos y lágrimas se lo cedió en arriendo. El viejo habitaba con su hija, lo único que le restaba en el mundo, y solos en las veladas del invierno, cuando el viento recio azotaba las palmeras y pasaba mugiendo por entro los escuetos sarmientos de las vides, rezaban por los muertos que en otro tiempo alegraron la casa. El amo, el señorón, envió á la al-

quería á su hijo, un calavera impenitente á quien sus vicios habían hecho enfermar. Marieta, con sus ojos negros, melancólicos, luminosos como aquel cielo bajo el cual había nacido, y su flotante cabellera negra suelta al viento como un haz de sombras, *agradó* al señorito, y la campesina creyó en el mentido amor y cayó en el lazo. El tío *Toni*, cuando supo su dehonra, sintió como si toda su caliente sangre de meridional le quemase el rostro atezado, curtido en el trabajo honrado, al sol, al aire, años y años, y decidió una venganza terrible que no dejara ni huellas de su infortunio. Poco á poco, como si labrara su campo, hacinó la hojarasca y las ramas secas junto á la casa, y una noche, á la callada, arrastrándose, comprimiendo el aliento, encendió la fogata y las llamas prendieron en la alquería, que se desplomó hecha ceniza, enterrando en sus escombros á los amantes, que no pudieron escapar del peligro. Después, y cuando las últimas y rojizas llamardas culebreaban por entre los olivos, destacándose siniestras en la bruma oscura de la noche, el viejo se arrojó á la hoguera como un numantino y murió antes de ser vencido.

Hoy, de la alegre casita blanca, nido de dichas en otro tiempo, sólo se alzan los bastiones de tierra ennegrecidos por el incendio, y cuentan las gentes de la comarca que el alma del viejo vaga por aquellos contornos, que en la callada noche aterran al perdido caminante.

Enrique Valencia.

LAS CHINCHES

Mientras la víctima tranquilamente duerme en su pobre casa de huéspedes, salen las chinches, flacas y débiles, por las rendijas de las paredes; pican al mísero, su sangre beben, y sólo sueltan la presa inerme, hartas y gordas y relucientes.

Hace ya tiempo que España duerme. ¡Cuántos parásitos cría y mantiene, que de sus carnes hacen banquete! Y nadie dice: «¡Madre, despierte! abre los ojos, la luz enciende, toma una chancala, sacude fuerte, y ácido fénico, echa á torrentes hasta que todo se desinfecte.»

José Fernández Bremón.

EL TÍO NELO

VALS PARA PIANO

POR JOSÉ BADI CABALLERO

Dedicado á Domingo Varvaró.

Tempo de Vals

Introducción

Vals

rit.

al tempo

rit.

Finale

rit.



VALENCIA—Calle de San Vicente. Coloso «Tío Nelo»,
colocado durante las fiestas.

Inst. del fotógrafo Sr. D. Federico Plaupo.

POST NUBILA

Al pie de los altares
hoy mis ojos te han visto,
á la trémula luz que á ti llegaba
de amarillento cirio.

Inclinada la frente,
los ojos sobre el libro,
encantadora estatua parecías
de algún cincel prodigio.

Y había en tu semblante
un resplandor divino,
¡quizá de algún deliquio religioso
el rayo fugitivo!

En vano yo buscaba
tus ojos con los míos,
y con fingida tos de mi presencia
te mandaba el aviso.

Absorta en la lectura
y en Dios tu anhelo fijo,
ni á mí tornaste la gentil cabeza
ni á mí voz diste oídos.

Y entonces... ¡ay! entonces
sentí un cruel martirio
dentro del corazón, y los instantes
me parecieron siglos!

Y celos de Dios tuve,
pensamientos impíos,
y mis pupilas de rival sañudo
alcé hasta el Crucifijo.

Y cuando el pensamiento
formulaba sombrío
el comienzo cruel de una celosa
imprecación al Cristo,

una tos dulce y ténue
á sorprenderme vino,
y al punto me volví y hallé tus ojos
clavados en los míos.

Tornó la fe á mi pecho,
huyó de mí el delirio...
¡Salía de las penas del infierno
y hallaba el paraíso!

Francisco Arroniz.

LA PERFECCIÓN

CUENTO

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre me acuerdo, aunque no quiero decirlo porque es un nombre muy feo, hace diez años ó doce vivía un pobre mancebo, tan jorobado, que era el hazmerreir del pueblo. Todos, pequeños y grandes, burlábanse del defecto con «indirectas», con chistes y con apodos groseros; sin que entre tantos vecinos encontrara Filiberto —que así se llamaba el mozo— ni un amigo verdadero, ni una mujer compasiva, ni un anciano con criterio. Iban andando los años sin parar los sufrimientos, pues, por desgracia del mozo, conforme pasaba el tiempo eran más las indirectas y eran los consuelos menos.

* * *

Fué á predicar por entonces al pueblo á que me refiero cierto padre dominico, célebre por su talento, que conmovía á las gentes por sus hermosos ejemplos, por su palabra sublime y lo dulce de su acento. Anunció el sermón el cura, y fué á oirlo el pueblo entero, con lo cual es excusado decir que fué Filiberto. —«Dios,—decía el dominico— ser omnipotente, excelso. es digno de admiración, de temor y de respeto. Nadie puede aventajarlo. El es el único bueno. El nos ha criado á todos.

El nos muestra los senderos del bien. El ayuda siempre. El no hace nada imperfecto.» Filiberto, al escucharlo, movióse airado en su asiento, y no gritó: ¡Eso es mentira! más que por unción por miedo. —«Es perfecto cuanto hace, —siguió el buen padre diciendo.— Y si hay alguien que suponga que yo no estoy en lo cierto, que lo diga.»

Y en la iglesia reinó un profundo silencio. Terminó el sermón; los fieles alejáronse contentos. Sólo Filiberto iba entre pensativo y serio...

* * *

Topó de manos á boca con el fraile, Filiberto, y le dijo lo que sigue sin andarse con rodeos: —«Corste que no estoy conforme con lo que ha dicho en el templo, respecto á Dios, esta tarde.» Quedóse el fraile perplejo, y el siguió:—«Porque si Dios no hiciese nada imperfecto, ¿tendría yo esta joroba, que así me deforma el cuerpo?...» Contrarió al predicador la réplica del mancebo, y le dijo:—«No hay motivo para que estés descontento. Si te fijaras un poco en lo que crees defecto, verías cómo censuras sin razón al Sér Supremo, y hallarías demostrado lo evidente de mi aserto... Porque en cuestión de jorobas ¡¡ésta es de lo más perfecto!!

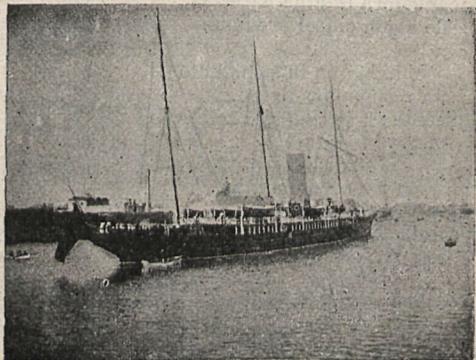
Felipe Pérez Cayo.

EL «GIRALDA»

El *yacht* real que lleva dicho nombre fué adquirido para aviso de escuadra, y es un hermoso barco; de mediano andar (15 millas por hora), teniendo en cuenta lo que se entiende por rapidez en la velocidad moderna de los buques de vapor. Su casco, que es de acero, fué botado al agua en 1894; mide 94'65 metros de eslora, 11'50 de manga y 9'50 de puntal. Desplaza 2.057 toneladas y su fuerza es de 6.500 caballos.

Está artillado con cinco piezas Norddenfeldt, de 59 milímetros y dos ametralladoras de 37.

Su dotación se compone de 105 hombres.



El «Giralda», yate donde viajan SS. MM.